

FÁBULAS
y
LEYENDAS
del
LEJANO ORIENTE

Ilustradas por

SABINA MORANTE

Seleccionadas y anotadas por

EVA GONZÁLEZ



QUATERNI



ÍNDICE

Introducción 9

JAPÓN

| | |
|---|----|
| <i>La medusa y el mono</i> | 17 |
| <i>El castigo del mapache malvado</i> | 27 |
| <i>El cortador de bambú y la niña de la luna</i> | 33 |
| <i>El señor «Bolsa de Arroz»</i> | 49 |
| <i>La doncella del casco de madera</i> | 57 |
| <i>La gorriona de la lengua cortada</i> | 63 |
| <i>El cantero</i> | 73 |
| <i>Momotarō, o la historia del hijo de un melocotón</i> | 79 |
| <i>Schippeitaro</i> | 91 |

CHINA

| | |
|--|-----|
| <i>El escarabajo dorado, o por qué el perro odia al gato</i> | 101 |
| <i>El ganso tonto y el tigre del bosque</i> | 115 |
| <i>Bambú y la tortuga</i> | 127 |
| <i>Sam-Chung y el demonio del agua</i> | 139 |
| <i>Los dos ilusionistas</i> | 153 |
| <i>El patrón de la ciudad</i> | 163 |
| <i>El buen tigre</i> | 175 |
| <i>La historia de Hok Lee y los enanos</i> | 185 |
| <i>Cómo empezaron a vendarse los pies</i> | 193 |

COREA

| | |
|--|-----|
| <i>Tocinilla y su engréida hermana</i> | 211 |
| <i>El anciano del sueño</i> | 217 |
| <i>Im, el cazador</i> | 219 |
| <i>Luz del Este y el puente de peces</i> | 225 |
| <i>Tá-hong</i> | 231 |
| <i>¿Quién decide, Dios o el rey?</i> | 243 |
| <i>La comparsa de Tokgabi</i> | 245 |
| <i>Los diez mil demonios</i> | 253 |
| <i>Charan</i> | 259 |
| <i>El fantasma agradecido</i> | 271 |
| <i>La mujer gato</i> | 275 |
| <i>Ching Yuh y Kyain Oo</i> | 279 |



La medusa y el mono

Ryūjin, también conocido como Owatatsumi, es el dios del mar de la mitología japonesa. Se caracteriza por su aspecto de dragón, aunque posee la capacidad de adoptar forma humana, y se le considera el protector de las costas, de los mares y todas sus criaturas. Desde su legendario palacio de coral, controla las mareas y el oleaje a través de dos gemas mágicas: Kanju y Manju. Este dios dragón es el padre de Otohime, la princesa dragón que contrajo matrimonio con el mortal Hoori y de la que, según la leyenda, desciende Jimmu, el primer emperador de Japón. Los monos, por su parte, son personajes habituales en el folclore japonés, en el que suelen ser representados como mensajeros de los dioses o como pícaros y traviesos granujillas, criaturas astutas y burlonas a las que es difícil engañar.

Hace mucho, mucho tiempo, en el antiguo Japón, el Reino del Mar estaba gobernado por un maravilloso rey. Se llamaba Ryūjin («Rey Dragón del Mar»).

Su poder era inmenso, pues gobernaba sobre todas las criaturas del mar, grandes y pequeñas, y en su poder estaban las Joyas de la Marea y de la Inundación. La Joya de la Marea, cuando se lanzaba al océano, hacía que el mar se alejara de la tierra, y la Joya de la Inundación hacía crecer olas tan altas como montañas, que llegaban hasta la costa como tsunamis.

Su palacio estaba en el fondo del mar y era tan hermoso que ni siquiera en sueños se había visto algo así. Las paredes eran de coral; el techo, de jade y crisoprasa; los suelos, de la mejor madreperla. Pero el Rey Dragón, a pesar de su indiscutible poder, de su extenso reino, de su hermoso palacio y todas sus maravillas, no era feliz, pues reinaba en soledad. Al cabo de un tiempo, pensó que si se casaba sería más feliz y también más poderoso, así que decidió buscar esposa. Llamó a todos sus vasallos y les ordenó que buscaran para él una joven princesa dragona.

Cuando sus siervos regresaron a palacio, llevaban consigo a una adorable dragona. Sus escamas eran del verde brillante de las alas de los escarabajos de verano, sus ojos lanzaban fuego y vestía una hermosísima túnica de delicada seda con joyas marinas entretejidas.

El rey se enamoró de ella al momento y la boda se celebró con toda la pompa posible. Todas las criaturas del mar, desde las grandes ballenas hasta las pequeñas gambas, llegaron en grandes grupos para felicitar a los novios y desearles una larga y próspera vida. Hasta aquel momento, en el mundo de los peces nunca se había celebrado una reunión igual, ni hubo festividad más alegre. El grupo de portadores que llevaban las posesiones de la novia hasta su nuevo hogar parecía llegar de un extremo del mar al otro; cada pez, vestido con ropas ceremoniales, llevaba un farol fosforescente que brillaba entre las olas en tonos azules, rosas y plateados. Aquella noche, cuando se soltaron las linternas para honrar el evento, el fósforo relumbró con fuerza en titilantes masas blancas y verdes.

Durante un tiempo, el Rey Dragón y su esposa vivieron muy felices. Se amaban con pasión y día tras día disfrutaban de las maravillas y de los tesoros de su palacio coralino y de sus largos paseos juntos a través de las vastas salas y de los amplios jardines. La vida les parecía un largo día de verano.

Dos meses pasaron de esta manera, y entonces la Reina Dragona enfermó y tuvo que guardar reposo. El rey, muy preocupado al ver tan enferma a su amada esposa, mandó llamar al pez doctor para que fuera y le preparara una medicina. El pez doctor dio órdenes especiales a sus sirvientes para que cuidaran y atendieran a la enferma con diligencia y un mimo especial, pero a pesar de sus cuidados y medicinas, la joven reina no solo no mostraba señales de recuperación sino que empeoraba cada día.

Entonces el Rey Dragón se reunió con el médico y lo culpó por no ser capaz de curar a la reina. El doctor, atemorizado, excusó su falta de habilidad diciendo que, aunque sabía cuál era la medicina que curaría aquel mal, era imposible encontrarla en el mar.

—¿Quieres decir que no puedes conseguir esa medicina? —le preguntó el rey.

—¡Exactamente! —dijo el médico.

—Dime qué necesitas para la reina —le exigió Ryūjin.

—¡Necesito el hígado de un mono vivo!

—¡El hígado de un mono vivo! Por supuesto, eso será muy difícil de conseguir... —dijo el rey.

—Si la reina lo tomara, sin duda se recuperaría pronto.

—Muy bien, entonces no hay más que hablar. Tenemos que conseguirlo de alguna manera. Pero ¿dónde podríamos encontrar un mono? —preguntó el rey.



Entonces el doctor le dijo al Rey Dragón que a cierta distancia al sur había una isla, llamada Isla del Mono, donde vivían muchos de ellos.

—Si pudiera capturar uno de esos monos... —sugirió el doctor.

—¿Cómo podría mi gente capturar un mono? —preguntó, confuso, el Rey Dragón—. Los monos viven en tierra firme mientras que nosotros vivimos en el agua, ¡y fuera de nuestro elemento moriríamos! ¡No veo cómo podríamos hacerlo!

—Por eso es difícil —dijo el doctor—. Pero, entre sus innumerables sirvientes, seguro que alguno podría hacerlo.

—Lo intentaremos —dijo el rey, y llamó a su mayordomo jefe para consultarle el asunto.

El mayordomo jefe pensó un momento antes de exclamar con alegría, como si se le acabara de ocurrir:

—¡Sé lo que debemos hacer! Llamemos a Kurage, la medusa. Es una criatura horrible, pero siempre presume de poder caminar por la tierra con sus cuatro patas como una tortuga. Que vaya a la Isla del Mono a capturar uno.

La medusa fue convocada entonces en presencia del rey y su Majestad le explicó la situación. Entonces, preocupada por la inesperada misión que se le confiaba, la perpleja criatura dijo que nunca había estado en la isla en cuestión y que no tenía ninguna experiencia atrapando monos.

—Bueno —dijo el mayordomo jefe—, si para ello confías en tu fuerza o destreza, nunca lo capturarás. ¡Tienes que engañarlo!

—¿Y cómo hago eso? No se me ocurre ninguna manera —replicó la perpleja medusa.

—Esto es lo que tienes que hacer —comenzó el astuto mayordomo jefe—: cuando te acerques a la Isla del Mono y encuentres a alguno de sus moradores, debes intentar hacerte buen amigo suyo. Dile que eres una sirvienta del Rey Dragón e invítalo a venir a visitar su palacio. ¡Intenta describir tan claramente como puedas la grandeza del palacio y las maravillas del mar para incentivar su curiosidad y su deseo de verlas!

—¿Y cómo lo traeré hasta aquí? ¿Sabes que los monos no nadan? —dijo la medusa, reticente.

—Tráelo sobre tu lomo. ¿De qué sirve tu concha, si no?

—¿No será demasiado pesado?

—Eso no debería preocuparte, pues estás trabajando para complacer a tu rey.

—Haré todo lo que pueda —dijo la medusa, y partió hacia la Isla del Mono. Nadando rápidamente, llegó a su destino en un par de horas y alcanzó la playa gracias a una conveniente ola. Al mirar a su alrededor, vio un gran pino no muy lejos de allí. Y en una de sus ramas encontró justo lo que estaba buscando: un mono.

«¡Qué suerte he tenido! —pensó la medusa—. Ahora solo tengo que halagar a la criatura e intentar tentarla para que venga conmigo al palacio, ¡y habré hecho mi parte!».

Así que la medusa caminó lentamente hacia el pino. En esos antiguos días, la medusa tenía cuatro patas y un caparazón duro como el de una tortuga. Cuando llegó al pino, alzó la voz y dijo:

—¿Qué tal estás, señor Mono? ¿A que hace un buen día?

—Un día muy bueno —respondió el mono desde el árbol—. Nunca antes te había visto en esta parte del mundo. ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Kurage y soy una de las sirvientas del Rey Dragón. He oído hablar tanto de esta hermosa isla que he venido solo para verla —respondió la medusa.

—Encantado de conocerte —dijo el mono.

—Por cierto —dijo la medusa—, ¿tú has visto alguna vez el palacio del Rey Dragón del Mar?

—¡He oído hablar de él, pero nunca lo he visto! —respondió el mono.

—Entonces debes hacerlo, sin duda. ¡No sabes lo que te estás perdiendo! La belleza del palacio es indescriptible; para mí es el lugar más hermoso del mundo.

—¿Tan bonito es? —preguntó asombrado el mono.

Entonces, la medusa vio su oportunidad y empezó a describir lo mejor que pudo la belleza y la grandeza del palacio del Rey del Mar, las maravillas del jardín con sus curiosos árboles blancos, rosados y rojos coralinos, y las frutas aún más extrañas que cuelgan de sus ramas como grandes joyas. El mono, cada vez más interesado, bajó del árbol para no perderse ni una palabra de la maravillosa historia que le contaba la medusa.

«¡Ya lo tengo!», pensó la medusa, y dijo en voz alta:

—Señor Mono, ahora debo volver. Como nunca has visto el palacio del Rey Dragón, ¿no quieres aprovechar esta espléndida oportunidad para venir conmigo? Yo te haría de guía y te enseñaría todas las maravillas del mar, que serán incluso más asombrosas para una criatura terrestre como tú.

—Me encantaría ir —dijo el mono—, pero ¿cómo llegaría hasta allí? ¡No sé nadar, como seguro sabes!

—No hay ningún problema. Yo podría llevarte sobre mi lomo.

—Eso sería demasiada molestia —dijo el mono.

—Puedo hacerlo sin dificultad. Soy más fuerte de lo que parezco, no te preocupes —dijo la medusa, y se adentró en el mar llevando al mono sobre su lomo—. Quédate muy quieto, señor Mono, no vayas a caerte al mar. Me siento responsable de tu llegada a salvo al palacio del rey.

—Por favor, no vayas tan rápido o me caeré seguro —le pidió el mono.

Así continuaron mientras la medusa surcaba las olas con el mono en su grupa. A mitad de camino, la medusa, que sabía muy poco de anatomía, empezó a preguntarse si el mono llevaría el hígado consigo.

—Señor Mono, dime una cosa: ¿llevas tu hígado contigo?

Al mono le sorprendió mucho aquella extraña pregunta.

—¿Mi hígado? ¿Por qué quieres saberlo?

—Ah, el hígado es lo más importante de todo —dijo la estúpida medusa—. En cuanto te recogí, me pregunté si tendrías el tuyo.

—¿Por qué es tan importante el hígado? —le preguntó el mono.

